


CLAIRE KEEGAN, *So Late in the Day* [*Bien tarde en el día*], trad. Jorge Fondebrider, Buenos Aires, Eterna Cadencia Editora, 2023, ISBN: 978-84-128462-3-2, 64 pp.

ALEJANDRO HERNÁNDEZ PÉREZ

Universidad de La Laguna

alu0100714739@ull.edu.es

 <https://orcid.org/my-orcid?orcid=0009-0007-8084-75>

Hay libros cuyas frases plantean a quienes los leen cuestiones que son, *de facto*, interrogaciones vitales. Y, sin duda, una de ellas la podemos encontrar en *So Late in the Day* [*Bien tarde en el día*], novela publicada en 2023 y escrita por Claire Keegan: «En circunstancias normales, habría sacado el celular para chequear los mensajes, pero le pareció que no estaba preparado, y luego se preguntó si alguien alguna vez estaba preparado para lo que era difícil o doloroso» (p. 19). Esta es, sin lugar a duda, una pregunta que atraviesa a cualquier ser humano, al igual que lo hace el tema principal que recorre las cerca de 60 páginas que componen esta historia: el (des)amor. Con un estilo sencillo, concreto, sentencioso y traslúcido, Keegan —autora irlandesa que ha sido condecorada con diversos premios en 2023 como el *Orwell Prize* de ficción política y el *Kerry Preize* de novela irlandesa— nos desvela en esta pequeña novela el devenir vital de una pareja en la que muchas personas podrían ver un espejo en el que mirarse.

La historia está compuesta por un total de cuatro capítulos que, poco a poco, van desvelando a los dos personajes principales, Cathal y Sabine, y permiten a quien se acerque a leerla observar cómo una escritora se puede convertir en una auténtica maestra del bisturí vital y *fotografiar* a la sazón de Chema Madoz a través de su universo de tinta la relación de un hombre y una mujer que están abocados —o eso se intuye desde el comienzo— a que sus caminos se separen. En efecto, esto es algo que se puede observar, se entiende, ya desde el primer capítulo «I» (pp. 11-20) cuando se presenta a Cathal, dublinés que trabaja como administrativo y contable. Absorto en el trabajo, todo parece indicar que intenta huir de algo que está sucediendo en su vida, hecho este que se confirmará al llegar el final del capítulo en un momento en el que la sinestesia cobra una importancia evidente al hacer *viajar* al protagonista y, por ende, al lector hacia un mundo pretérito y presente lleno de blanco-oscuros:

Antes de lo que esperaba estaba rodeado el desvío hacia Wicklow Town y avanzando más hacia el sur coma a la hora habitual.

Había sido un día sin incidentes. En la parada de Jack White's Inn, una mujer embarazada recorrió el pasillo y se sentó en el asiento libre frente a él. Se quedó sentado

aspirando su aroma hasta que se le ocurrió que debía haber miles, si no cientos de miles, de mujeres que olían igual. (pp. 19-20)

Y será precisamente ese olor el que traslade a quien lee la *novella* hasta el segundo capítulo «II» (pp. 21-31), momento en el que aparecerá la ya mencionada Sabine y se desentrañará no solo cómo se conocieron ella y Cathal sino, además, parte de su historia. Así, el cortejo, el gusto por el arte, el ¿amor?, el tiempo y el dinero aparecerán como *leitmotiv*, otorgando a quien se acerque al libro la capacidad de entender que, a veces, amar es dejar ir:

Empezó a caer una llovizna mientras pasaban por St Stephen's Green, en dirección a la parada del autobús. Esperaron allí afuera del Davenport durante casi media hora, antes de que a su debido tiempo llegara el autobús, pero el resto del fin de semana transcurrió notablemente bien: a medida que pasaban las horas, ella parecía ir perdonándolo, ablandarse, y el tiempo entre ellos volvió a ser agradable, tal vez incluso un poco más agradable de lo que nunca había sido, ya que se había superado el obstáculo de su primera discusión. (pp. 31)

Y otro tanto sucede en la tercera parte «III» (pp. 33-46), unas páginas que están marcadas no solo por la soledad sino, además, por los recuerdos que tiene Cathal al llegar a su casa de ese *amor* que estaba destinado a no serlo y que, de alguna forma, queda perfectamente definido a través de una frase que refleja de manera (in)directa el ADN de este libro: «Dime que todavía me quieres» (p. 39), dice Sabine. Y, al igual que esta frase sentenciosa, será especialmente significativa en esta parte del libro la conversación que se narra entre este último personaje y Cynthia, una compañera de trabajo de Cathal que, de alguna forma, define a un tipo de personaje con unas características muy particulares:

—¿Te gustaría saber lo que dijo?

—No estoy seguro —y casi se echó a reír. [...]

—Realmente, no sé —dijo—. ¿Qué fue lo que dijo ella?

Dijo que quizás las cosas estén cambiando pero que una buena parte de los hombres de tu edad lo único que quieren es que nos quedemos calladas y les demos lo que ellos quieren. (pp. 42-43)

Y de esta manera llega el final de la historia —capítulo «IV» (pp. 47-57)— y, con ello, también lo hace el alcohol y, de nuevo, la soledad de una herida perpetrada a través del recuerdo de lo que pudo haber sido, pero, en efecto, estaba destinado a no ser; del odio y la rabia; en fin: de aquella dolorosa verdad que, ya desde el principio se planteaba el protagonista si el ser humano estaba preparado para ella. Los recuerdos de Cathal desentrañarán qué sucedió en la pareja y qué efectos tuvo sobre él, así como las consecuencias vitales del hartazgo, el individualismo, la ingratitud, del rencor y del odio; todos ellos, claro, síntomas de la ausencia de brújula vital de uno mismo:

Mientras subía, tuvo la sensación de ser parte de la baranda y se dio cuenta de que se arrastraba, como si fuera madera, escaleras arriba. Sabía que no podía culpar al champán, pero, sin embargo, se encontró culpándolo. Entonces se le apareció algo que había leído en algún lado, referido a los finales: sobre cómo, si las cosas no terminaron mal, no han terminado. (p. 57)

Queda claro, pues, que si bien es cierto que *So Late in the Day* [*Bien tarde en el día*] es una historia aparentemente sencilla, no es ello, ni mucho menos, sinónimo de ausencia de calidad; de hecho, a parecer de quien redacta estas líneas, la historia entremezcla la verdad a través de una narración cuyos componentes más evidentes son lo incómodo y lo amargo del falso amor permitiendo a quien se adentre en esta historia observar de una forma ágil y perturbadora —sentimiento que se despierta en algunas ocasiones al leer la novela— que en el amor no todo vale.

Atravesado por la misoginia, Keegan ofrece un retrato muy particular de lo que el aparente amor es capaz de llegar a provocar en el ser humano y del poder que albergan las mujeres. Se trata, pues, de una historia perfectamente cerrada con un final abierto, pues si *bien tarde en el día* se sabe qué ha sucedido con los dos personajes, queda por conocer si alguna vez el protagonista estará preparado para afrontar, en fin, lo difícil o doloroso de la vida. Pero eso, claro, ya forma parte de otra historia (vital).